

José

Predicado por el Pastor A. H. Verhoef.

Sermon sobre Hechos 4:36-37

Lectura - Hechos 4:13-37

334:1,4

419:2

68:1-4

71:1

69:1,2,4,7

En Mateo 13 leemos: *El reino de los cielos es semejante al hombre que siembra buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue.* Esta fue una parábola pronunciada por el mismo Señor Jesús. Él comparó el reino de los cielos con un hombre y un campo, y luego se sembró buena semilla, y esa buena semilla era la Palabra de Dios.

¿Y quién es el enemigo de Cristo? El diablo, que imita la obra del Salvador, y también envía a sus siervos, y ellos siembran cizaña entre el trigo. Esa cizaña se parecía mucho al trigo. Eso también es evidente ahora en la iglesia de Dios aquí en la tierra. Cristo tiene a sus siervos sembrando buena semilla. Satanás tiene a sus siervos sembrando la cizaña, que son los errores y las desviaciones. La iglesia de Dios aquí en la tierra no es pura ni perfecta. Congregación, podemos observar estas cosas en la iglesia poco después de Pentecostés, porque entonces la semilla de la Palabra se mostró abundantemente y fue ricamente bendecida. Pues leemos que había 120 discípulos del Señor, pero luego se añadieron 3,000. Y no pasó mucho

tiempo, o leemos que el número de los que creyeron era de 5,000. Pero el diablo también vino, imitando esa obra de Dios.

Nosotros leemos en Hechos 5 acerca de Ananías y Safira, quienes no estaban llenos del Espíritu Santo y le mintieron, porque el espíritu del diablo había entrado en ellos. Y esos eran las cizañas que fueron descubiertos. Fueron recogidos y quemados en un fuego que nunca se apaga. Ese fue el juicio que cayó inmediatamente sobre Ananías y Safira. Sin embargo, esta mañana no hablaremos de esas cizañas ni del oro falso que solo imita y engaña.

Con la ayuda del Señor, deseamos hablar del oro verdadero, de esa obra pura del Señor mismo. Congregación, el texto lo pueden encontrar en los dos últimos versículos de la porción leída, Hechos 4, versículos 36 y 37. *‘Entonces José, que fue llamado por los apóstoles con el sobrenombre de Bernabé (que traducido es, hijo de consolación), levita, natural de Chipre, como tenía una heredad, la vendió, y trajo el precio, y lo puso a los pies de los apóstoles.’*

Nuestro tema es: José

Tenemos tres pensamientos:

1. quién era José;
2. qué hizo José;
3. en quién se convirtió José.

Cuando leemos el libro de los Hechos, es evidente que poco después de Pentecostés comenzó la persecución de la congregación de Dios.

La enemistad y la envidia del Sanedrín eran grandes, y se enfurecieron contra los apóstoles y los amenazaron para que no predicaran en el nombre de Jesús. Estos dos siervos del Señor, sin duda, no podían obedecer a los hombres antes que a Dios. Dios mostró que era Su voluntad que continuaran con su labor. Predicaron la palabra de Dios con valentía, con libertad y con esa apertura que solo viene del Espíritu Santo.

Debemos fijarnos en cómo Lucas, el historiador, describió aquella iglesia cristiana. Porque leemos en el versículo 32 que *la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común*. El amor entre los hermanos era tan grande que había algunos que vendían sus posesiones y lo entregaban todo a los apóstoles para que se cubrieran las necesidades diarias de todos. Y luego dice que *los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran poder*. Ese era ahora el núcleo de su mensaje: exaltar a Jesús como el Salvador, quien había sido crucificado, pero quien también había resucitado por el poder de Dios.

Además, leemos que *abundante gracia era sobre todos ellos*. ¿Qué hace ahora la gracia? La gracia da un adorno a los pecadores miserables y caídos. La gracia renueva. La gracia obra maravillas en los corazones de los pecadores porque son vasos escogidos y reciben una medida de piedad, humildad, ternura y esa hermosura de la santidad en sus corazones. *Abundante gracia era sobre todos ellos*. Y eso se hace evidente en el andar de la vida, pues, si alguien afirma haberse convertido y no se puede

observar en los frutos, más vale que lo arrojes ante los topos y los murciélagos.

Pues no había ningún necesitado entre ellos, porque todos los que poseían heredades o casas las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según tenía necesidad. Aquí tienes ahora la verdadera benevolencia y la comunión de bienes. Leemos que antes de Pentecostés los ciento veinte estaban de acuerdo con un solo corazón, y eso es ahora lo mismo aquí. Después de Pentecostés, eso se conservó. Esa era ahora la obra del Espíritu Santo. Entonces hay unión y entonces también viene la comunión. Oh, entonces es tan evidente que el Señor obró con gran gracia en aquellas personas.

Ahora llegamos a José. ¿Por qué tuvo que registrarse esto? No por él, sino porque esa era ahora la intención de Dios. Era Su designio para que pudiéramos aprender lecciones para nuestra propia alma y examináramos nuestro propio corazón. Si es verdad o no en nuestro corazón. Y eso nos lleva al texto *‘Entonces José. José.* ¿Quién y qué era ese hombre? Leemos que José era levita. Eso significa que también es miembro de ese pueblo privilegiado de Israel. Porque el Señor se dio a conocer a ese pueblo como a ningún otro. Pablo dice en Romanos 2 que la Palabra de Dios fue confiada a los hijos de Israel. Ese es un gran privilegio. También leemos que el Señor los apartó al darles el sacramento de la circuncisión.

Congregación, ¿alguna vez han pensado en los privilegios que hemos recibido, al igual que Israel en tiempos pasados? ¿Acaso no hemos sido apartados? ¿No se nos ha confiado la Palabra de Dios? Miles, sí, millones

de personas en el mundo nunca han oído hablar de esa única Palabra ni de ese único Nombre dado bajo el cielo por el cual debemos ser salvos. Hemos recibido esa marca del bautismo. Somos un pueblo apartado. El Señor nos ha dado Sus estatutos y Sus juicios. Y así como el antiguo Israel apuntaba hacia Cristo el Mesías, también nosotros, en Su Palabra, apuntamos hacia ese mismo Salvador. Tenemos privilegios en abundancia. Además, ¿qué otro privilegio podía mencionar José? Tenía antepasados temerosos de Dios. Pensemos en Abraham, Isaac, Jacob, pero también en Sara, Rebeca y Lea. ¿Es eso también cierto para ustedes?

Como levita, eso significaba que José estaba aún más apartado, y eso se debía a una razón notable. Esa tribu de Israel, cuando acampaban junto al monte Sinaí, contaba con un número de personas temerosas de Dios. Cuando Moisés estaba en la montaña y Aarón había hecho aquel becerro de oro, el pueblo estaba celebrando una fiesta y bailaba alrededor de esa imagen. Esos levitas temerosos de Dios impidieron que sus familias participaran en aquella fiesta impía de idolatría. ¿Y qué sucedió? Entonces el Señor dijo: 'Ahora esa tribu de Leví será apartada y Me servirá en Mi templo'.

¿Acaso no somos levitas? No, no queremos decir que todo tenga un oficio en la iglesia de Dios, aunque eso es un privilegio si es de la voluntad del Señor. Volvamos al paraíso. ¿Acaso no fuimos creados? ¿No fuimos puestos en un cargo para servir a Dios y no era eso nuestro deleite? ¿No manifestábamos Su alabanza? ¿No nos ofrecíamos como sacrificio a Dios para servirle? ¿No nos puso el Señor sobre Su creación? Ciertamente.

¿Quién era José? Un levita. Un siervo de Dios. Así estábamos nosotros en el paraíso y entonces era un servicio al Señor en rectitud y en santidad.

Si ahora leemos el texto con atención, descubriremos quién *era* José. En el versículo 37 leemos *‘tenía una heredad’*. Era dueño de tierras y procedía de Chipre. Quizás te preguntes: “¿Acaso eso está tan mal?” Chipre era una isla del mar Mediterráneo. Era una isla fértil. En esa isla reinaba la prosperidad. También se extraía cobre. La comida y la bebida abundaban. Allí se podía ganar dinero y hacerse rico. Había una religión, una religión sensual y carnal. José, debemos preguntarte: “¿Cómo es que eres de Chipre? ¿No deberías vivir en Jerusalén, o al menos en Canaán? ¿No deberías estar trabajando en el templo?”

Oh, José podría decir que esa había sido la elección de sus antepasados. Porque tras el cautiverio, solo un remanente regresó a Israel. En la mayoría se dispersaron por todo el mundo conocido de aquella época. Por eso también había judíos allí, en Chipre. En Chipre se llevaba una vida cómoda y... se podía seguir siendo judío. Se podía seguir practicando la religión en casa.

José no estaba en desacuerdo con eso. José no dijo: “Esa fue una elección equivocada de mi padre y mi madre”. No, él diría: “Ahí es donde nací. Ahí es donde tengo mi vida y mis posesiones”. Pero, ¿sabes cuál era la situación? José se había desviado del camino. José no estaba en el camino de Dios porque se había apartado de los caminos del Señor. Si lo piensan un momento, José aquí es igual que el hijo menor de la parábola. La elección de Adán era también su elección. Ah, y luego esa religión estricta y precisa, eso ya no era necesario. Bastaba con una observancia exterior.

No hay interés en esa vida de piedad. No hay interés en guardar las leyes del Señor. No. En lo más profundo de mi corazón yace esto: “Haré lo que me plazca”. Y ahora, cuando los pecadores están en ese camino, las cosas van de mal en peor. Entonces te encuentras en una pendiente resbaladiza y te deslizas cada vez más hasta acabar en la perdición.

Leemos que él tenía tierras. ¿Estaba mal? Para José eso estaba prohibido. En Números 18, Moisés dijo que la ley del Señor para los levitas era que Él sería Su herencia. No debían heredar nada en la tierra de Canaán. Tenían cuarenta y ocho ciudades para habitar y los diezmos de las ofrendas para mantenerse.

Chipre era un país tenebroso. Un país pecador y mundano, y el propio José era necio y tenebroso como la gente de Chipre. Exteriormente judío, pero interiormente no era en absoluto alguien que sirviera al Señor. Era un transgresor desde el seno materno que se oponía al Señor. Pero ahora se acerca el momento en que el Señor sacará a ese José de las tinieblas a la luz admirable de Dios. Y eso queda declarado en nuestro segundo pensamiento: **‘qué hizo José’**.

Leemos que José estaba en Jerusalén. ¿Cómo es que este hombre de Chipre se encontraba ahora en Jerusalén y no en Chipre? Posiblemente quería celebrar la fiesta de la Pascua o la fiesta de Pentecostés. Eso no era infrecuente entre los judíos que vivían en la diáspora. De esta manera, cumplían con sus deberes religiosos. Quizás fue por otra razón, pero no lo sabemos. No se revela en la Palabra de Dios. Al leer esta historia, podemos

concluir que José no era un hombre pobre. Podía permitirse hacer este viaje y tenía tierras.

Congregación, una cosa es segura. Es por la providencia del Señor que José fue llevado a Jerusalén en ese momento. Justo en ese momento, porque era un vaso escogido. Iba a quedar claro que también era por la voluntad del Señor que José tuviera que estar allí. ¿Saben lo que ocurre en el momento en que Dios, en su beneplácito, convierte a un pecador? Él lleva Su Palabra a ese pecador, o ese pecador es llevado a Su Palabra. Entonces el Señor se encarga de que ese pecador elegido y esa Palabra de Dios se encuentren. Porque Dios quiere y obrará la fe salvadora. Congregación, así es como obra el Señor. De manera irresistible. Él dirige todos los asuntos, pero a Su manera, en Su tiempo, con Su favor y bendición.

O bien fuimos criados en la verdad, o bien fuimos llevados a la verdad. ¿Ha sido la verdad alguna vez provechosa para nuestra alma? Quizás hubo un tiempo en que el siervo de Dios se alojó en su casa y entonces dijo algo, o que oyeron su oración. Quizás asistieron a un funeral al que no acudieron con el propósito de convertirse. Entonces fue el momento del beneplácito de Dios.

Quizás digas: “Pero, ¿cómo puedo saber eso?” En el fruto. Porque, ¿qué milagro le sucedió a José? ¿Entiendes ahora que tenemos que examinar cómo está nuestro propio corazón? Está escrito en el texto, y es sencillo. A este José se le llamaba Bernabé, lo que significaba ‘hijo de la consolación’. Un hijo de la Palabra de Dios. En otras palabras, ahí queda ahora declarado que José *recibió* el nuevo nacimiento espiritual.

¿Qué escribió Pedro en su epístola? ‘Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.’ (1 Pedro 1:23)

Ahora bien, ¿te resulta extraño eso? ¿O has recibido esa maravilla en tu alma? Porque si eso ha sucedido, entonces te convertiste en un hijo y naciste de nuevo. Entonces esa Palabra de Dios entró en ti por el poder del Espíritu y esa Palabra de Dios nunca te abandona. Cuando esa Palabra ha entrado, nunca la olvidarás. Quizás no te atrevas a decirlo, pero esa Palabra permanece contigo siempre y pone al descubierto toda tu existencia. Te muestra quién eres. Responsable ante Dios, culpable, arruinado y, en definitiva, un transgresor vil. Cuando esa Palabra entra en tu corazón, entonces ves cosas que nunca antes habías visto. Entonces lees la Biblia como nunca antes las habías leído. Entonces dices: “¿Está predicando el pastor de otra manera? ¿Leen sermones diferentes hoy en día?”. Entonces empiezas a sentirte interiormente diferente de cómo te sentías antes. Entonces llorarás y gemirás como nunca antes lo habías hecho. Entonces surge un hambre y una sed, un anhelo de Dios, de Su comunión y de Su favor. Oh, entonces experimentas un dolor que nunca antes habías sentido.

Pero en lo más profundo de tu ser, hay también una especie de alegría que no cambiarías por todas las riquezas de este mundo. Oh, entonces comprendes que Dios es Dios. En todas sus gloriosas perfecciones: santo, justo, omnisciente, todopoderoso, pero también longánimo, paciente y bondadoso. Entonces empiezas a preguntarte: “¿Cómo puedo ahora presentarme ante Él?”. Entonces te das cuenta de tu pecado y de tu culpa.

Entonces te das cuenta de que tienes una existencia tan repugnante ante Dios y que echas de menos esa bendita comunión con el Señor. Una persona así experimenta, como José, lo que está escrito en el Salmo 51. Un corazón contrito y un espíritu humillado. Entonces empiezas a suplicar misericordia. Entonces lloras para que el Señor se acerque a tu alma. Entonces esas Escrituras se convierten en tu alimento y tu bebida. Las lees. Entonces empiezas a pedirle al Señor: “Señor, ¿puedes iluminar lo que estoy leyendo? Porque soy tan oscuro y tan necio. ¿Puedes darme entendimiento? Muéstrame Tu camino”. Entonces se abren tus ojos y oídos espirituales. Tu boca también se abrirá porque el corazón es abierto por el Espíritu del Señor.

En resumen, esa es la vida espiritual que le fue dada a José. Él era un hijo. Era un hijo vivo de Dios. Amigo, ¿conoces esta vida espiritual?

¿Acaso el Señor deja ahora a José en esa miseria? Ah, congregación, no es así. El Espíritu Santo actuaba con gran poder en aquellos días y solía actuar con gran rapidez. Se apresuró a llevar a esos pecadores al reconocimiento de su propio estado y luego les concedió esa bendita salvación. Les reveló cuál era ahora el único fundamento para la eternidad. Oh, leéis en el versículo 33:

‘Y los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran poder (es decir, por medio del Espíritu), y abundante gracia era sobre todos ellos.’ Por lo tanto, ¿qué predicaban los apóstoles? A Jesucristo y a Él crucificado, y que también había resucitado. Ahora bien, eso es lo que aprendió José. Su fundamento no estaba en sus lágrimas. No podía edificar sobre su conversión o un cambio en su vida. Todo eso era demasiado breve

para la eternidad. Estaba en Jesucristo y en Él crucificado, y en quien resucitó de entre los muertos. Leemos en Romanos 4:25 *‘Quien fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.’* Esto es lo que se aplicaba a José. Leemos en Gálatas que el Espíritu Santo forma al Mediador en el corazón de los hijos de Dios. Ahora bien, eso también había sucedido aquí con José. Una gran gracia estaba sobre José y en él.

¿Sabes qué se manifestó? Pablo escribió más tarde que no hay muchos poderosos ni muchos nobles entre el pueblo de Dios; sin embargo, hay algunos. José era un hombre prominente porque era levita, un portador de oficio. También era un hombre rico según el mundo. Quizás haya obstáculos en tu vida. Quizás haya imposibilidades y obstáculos que te hagan decir: “Nunca podrá ser que el Señor me mire con misericordia”. Es cierto. “¡Qué difícil es que los ricos entren en el reino de Dios!”, dijo Jesús. Pero lo que es imposible para el hombre, es posible para Dios.

Ese fruto de la conversión no podía permanecer oculto en la vida de José. Porque, ¿qué hace el dolor piadoso? Produce un arrepentimiento del que no hay que arrepentirse. Y esos frutos son entonces una clara evidencia de que la obra del Espíritu de Dios ha comenzado en la vida. Lo leemos en el versículo 37: *‘Como tenía una heredad, la vendió, y trajo el precio, y lo puso a los pies de los apóstoles.’* Cuando el Señor derrama Su amor en el corazón y con Su Espíritu comienza a renovar esa alma, ese amor también comienza a volver a Dios. Entonces amo al Señor. Entonces quiero obedecerle en todo. Amo también a mi prójimo, y amaré también a Su pueblo en particular. En estas circunstancias, nadie tiene que decirte qué es el pecado. El Espíritu Santo te dice qué es el pecado. ¡Ah!, esas personas se vuelven tan suaves

y tiernas que no pueden pisar ni una brizna de paja. Aquí hay pecado y allá hay pecado, y ellas mismas son pecado. Es tan deseosas de hacer la voluntad del Señor. El Señor tiene un pueblo dispuesto en el día de Su poder.

Tenía tierras y las vendió. ¿No fue eso en Chipre? ¿Fue en Canaán? No lo sabemos, y tampoco importa. No pone excusas diciendo: “Es una tierra muy lejana. Si hago esto, tendré pérdidas”. No, nada de eso. ¿Sabéis cómo es el pecado en la vida de esas personas? Aléjese, aléjese. Poseer esa tierra se había convertido en pecado para José. Sabía que estaba fuera del camino en Chipre y que, al tener ese campo, iba en contra de los estatutos de Dios. Y así, lo vendió. Sí, el Señor forma un pueblo dispuesto en el día de Su poder. ¿Qué hace ahora? Lo entrega todo a los apóstoles. Eso es ahora todo para los pobres del Señor. Oh, cuando el Señor se apodera de nuestro corazón y cuando Él nos inclina, entonces, congregación, ofrecemos con tanta alegría esas cosas al Señor.

No leemos que José repartiera el dinero él mismo. No es que eso esté mal. En cambio, puso ese dinero a los pies de los apóstoles. Tenía respeto por los oficios. Sabía que él podía confiar el dinero a los apóstoles. Y mirad, entonces aprendéis que es más bendito dar que recibir. Entonces tienes un corazón generoso, y todo es para el Señor y para tu prójimo. Todo es especialmente para el pueblo del Señor.

¿Cuál es el futuro de José? ¿Cómo debe vivir ahora José? Se ha entregado incondicionalmente al Señor. Confía en que el Señor cuidará de él. No está

escrito en la Biblia, pero creo que en su corazón cantaba: ‘Amo al Señor y confío en Su gracia’.

Vamos a cantar el Salterio 71:1.

Lo que *era* José está claro. Lo que *hizo* José está igualmente claro. Pero, ¿qué le deparaba ahora el futuro? ¿En qué se convirtió José? ¿Qué debe hacer ahora José? Sin duda, José tenía miedo de dar un solo paso sin la dirección del Señor. Esa es una buena posición en la que estar. Entonces es esa oración la que se vuelve preciosa: ‘*Señor, ordena mis pasos en Tu Palabra*’.

Había algo en el corazón de José. Había algo que pesaba *sobre* el corazón de José. No podía volver a Chipre. Cuando el Señor te convierte, ya no puedes volver a tu vida anterior. Pero, ¿podía José servir ahora en el templo como levita? No. Esas ceremonias habían sido abolidas. Él lo sabía. Eso fue abolido en Cristo.

En el corazón de una persona así pueden surgir preguntas como: “Señor, ¿por qué soy así? Señor, muéstrame Tu camino y enséñame Tu senda, para que pueda andar por Tu camino y hacer Tu voluntad”. Esa es una forma de seguirle.

Lo que el Señor había obrado por medio de Su Espíritu y Su Palabra en el corazón de José, era un deseo vivo. ‘*Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén y decidle a voces que su tiempo se ha cumplido, que su pecado es perdonado, que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados.*’ (Isaías 40:1-2).

Oh, este deseo de consolar al pueblo de Dios se había forjado en su corazón y se había convertido en una carga para él. Ahora era el deseo de José poder dar testimonio de las riquezas de la gracia de Dios para los pobres pecadores. Que pudiera proclamar quién es Dios para aquellos que no lo merecen y que solo merecen un lugar en el infierno.

¿Qué leemos en el versículo 36? *‘Entonces José, que fue llamado por los apóstoles con el sobrenombre de Bernabé (que traducido es, hijo de consolación)’*. Por lo tanto, era un hijo de la consolación. Ese era ahora el hijo de la profecía. Ese era ahora el hijo de la amonestación, el hijo para consolar al pueblo de Dios.

Los discípulos apodaron a José - ‘Bernabé’. Ahora lo llamaban hijo de la consolación. Por lo tanto, recibieron lo que el Señor había obrado en el corazón de José. Los apóstoles también lo enviaron. Le dijeron: “Ahora debes predicar. Esa es ahora tu obra. Esa es ahora tu tarea”. Esa palabra ‘consolación’ en el original está relacionada con la palabra ‘consolador’, el Espíritu Santo. Entonces, ¿qué tenía que hacer ahora José como Bernabé? Tenía que declarar esa obra del Espíritu, que es convencer de pecado, de justicia y de juicio. ¡Oh, qué privilegio que se le haya dado este! Entonces debe predicar, poner al descubierto, humillar, vaciar, despojar de todo, y hablar de en qué nos hemos convertido tras nuestra profunda caída a través de Adán.

No solo eso, sino que a José también se le encomendó consolar a los afligidos. Se le encomendó hablar de un Cristo rico y de un pecador pobre. Se le encomendó explicar y enseñar cómo el Espíritu Santo toma

experimentalmente de Cristo y lo da a los hijos de Dios. Debe enseñar cómo el Espíritu Santo los guía por ese camino de conversión.

Se le encomendó animar a esas almas tímidas, para que puedan y deban huir en busca de refugio hacia ese único Salvador. Oh, se le encomendó fortalecer a los débiles, levantar esas manos débiles y fortalecer esas rodillas vacilantes para que, en medio de toda la persecución y la tribulación que sin duda vendrá, puedan aún ser animados. Oh, fue llamado a ser un hijo de consuelo.

Ser llamado 'Bernabé', incluso en el ministerio, es un gran privilegio. Eso significa servir al mejor Maestro y realizar la mejor obra. Eso significa que Cristo es el Maestro fiel para siervos infieles. Eso significa que Cristo es el Maestro que cuida de su pueblo, pero también de sus siervos. Oh, congregación, se os ha encomendado, pues, magnificar al Señor, edificar a los hijos de Dios y ser un instrumento para reunir a los pecadores y llevarlos a la conversión hacia Dios.

Lo que le sucedió a José, eso es lo que ahora nos tiene que suceder a cada uno de nosotros. No, no queremos decir que todos sirvan en el oficio, no, aunque el deseo pueda estar ahí y estará ahí, pero... que cuando el Señor nos convierta como a José, entonces también daremos testimonio en medio de nuestra familia y dondequiera que seamos puestos. Dondequiera que al Señor le plazca usarnos. Entonces el Señor también ha mostrado en los últimos años, y mostrará en el futuro desconocido, que aún no ha terminado. ¿Y por qué? Oh, entonces seguirá llamando a hombres como José para que se conviertan en un Bernabé. Que seguirá llamando a pecadores y que se

convertirán en hijos de consuelo. *Generación a generación celebrará Tus obras, y anunciarán Tus poderosos hechos (Sal 145:4)*. Ese es ahora el futuro. La iglesia aquí abajo debe continuar aún por un tiempo. No sabemos por cuánto tiempo, ni debemos preocuparnos por ello. La tarea de consolar al pueblo de Dios aún nos será encomendada, y que entonces nos encontremos orando con el Simeón de antaño, esperando el consuelo de Israel. Amén.